

LAS APUESTAS.



AMOS haciendo una apuesta, lector?—¿Cuál es? me direis luego, (á penetracion nadie me gana)—Que vais á leer aqueste articulillo de la cruz á la fecha, merced al título con que mi fecunda imaginacion le bautizó. Y á propósito de fechas, protesto ponerlas de hoy en adelante en cuanto escriba, porque es moda, y muy fundada en la conveniencia y la razon. Digaseme sino ¿cómo podrán salir debidamente coordinadas sin este requisito las ediciones póstumas de nuestros escritos inmortales? y no es cierto que se verían nuestros biógrafos en terribles aprietos, para hacer ver á la posteridad los estupendos progresos que hicimos hasta llegar á la cumbre de la gloria, si estuviésemos privados de semejantes datos cronológicos? Luego es de absoluta necesidad el no omitir las fechas, y solamente quisiera yo que una vez sancionada, como parece estarlo por el uso, esta formalidad jurídica, se introdujese tambien la de que cuantos escriben para la posteridad, firmaran con dos ó mas testigos de asistencia que jurasen haber visto escribir al autor sin la menor intervencion de vivos ni de difuntos. Pero necio de mí ¿qué estoy haciendo! proponer juramentos literarios cuando tan mal han probado los políticos, que debian ser mas valederos; cuando en ellos y en la redencion de cautivos no creen ya ni las monjas recoletas. Dejando sin embargo, á los juramentos en su buena opinion y fama, pasemos á hablar de otra mania muy ridícula aunque no sacrilega, que es la de apostar á diestro y siniestro. Tan contagiosa es tal mania, que yo mismo que por convencimiento la censuro, incido á cada paso en ella, pues cierto es que el esmero mismo que ponemos en evitar algun defecto, nos hace á veces incurrir en él con mas frecuencia.

Toda la culpa del mio es de uno de mis co-

Les gageurs compromettent
la bourse ou la vanité.

nocidos, quien en sus ratos de ocio, que son de sol á sol, viene á verme (ó mas bien á verse en el espejo); y á trabar apuestas sobre cuanto hablamos, á pesar de que yo jamas las admito, por haberme demostrado la esperiencia, que no acostumbra á pagarlas cuando pierde, bien que reclama su importe cada vez que sale ganancioso.

Meditando yo sobre esta originalidad del suso dicho y discurriendo sobre el modo de quitársela, me ocurrió darle por su juego, como suele decirse, y no bien hubo entrado en mi cuarto cierto dia, diciendo antes de verme: „apuesto á que no se ha levantado vd.” cuando comencé abocándole la batería de apuestas que le tenía preparada, y le dije á mi vez: apuesto á que vd. no ha almorzado aun, y viene á hacerlo conmigo, ítem mas, apuesto á que viene vd., como de costumbre, con ánimo firme de dedicarme el dia, ó mas claro, (porque las apuestas han de ser claras), con intencion de hacérmelo perder á mí.—„No apuesto en contra, porque perderia evidentemente,” fué la contestacion de mi impertérito conocido, que no entiende, ni quiere entender las indirectas, „pero si apostaria hasta la camisa, continuó, á que no nos separamos hoy hasta despues de cenar, y cuenta, que á esa hora, quiera vd. ó no, habré de despedirme, porque tengo mucho que hacer, mucho, mucho.” Al momento que oí tamaña mentira, traté de hacerle ver que yo tambien tenia ocupaciones importantes, y que por lo mismo debiamos de despedirnos en acabando de almorzar; pero él me replicó que no sabia trabajar sino con vela, (creo que se ocupa en quemar moscas) y que aunque tendria el gusto de permanecer á mi lado, esto no me estorbaria atender á mis quehaceres, puesto que él procuraria leer ó hacer algo mientras yo trabajaba. Hacia dias que pugnaba yo

por deshacerme de este boa constrictor, mas como queria hacerlo sin ofenderle gravemente, no me habia decidido aun sobre el partido que debia tomar para verificarlo, asi es que me resolví á sufrirlo con paciencia durante aquella jornada, y á sacar partido de mi situacion para divertirme, si posible era, sin echar por eso en olvido el proyecto de hacerle perder la aficion á las apuestas.

De la mesa conduje á mi conocido al balcón, porque ya no hallaba yo sobre que apostarle en el interior de la casa, por haberse agotado mi repuesto y á poco de haberme asomado, divisé á cierto viejo pisaverde, que venia tan bien disfrazado de jóven que, visto de lejos y sobre todo por detras habria llevado gafo por liebre la mas linda muger; tal era el esmero y simetria con que el cordillo adonis estaba acicalado y tales los bríos que en su andar manifestaba todavia. Luego que le conocí, dije á mi compañero: ve vd. esos primores del arte, ese apuntalado cuello, que *Cupido pone en dura sujecion*, hace la miseria de cincuenta años, ve vd. finalmente á ese lagarto en escabeche, (que asi debe de estar guisado, júzganlo por su duracion), pues apuesto lo que vd. guste á que debe hasta la dentadura con que masca. Pero dígame vd. ¿quien es aquel individuo que viene sumando con los dedos?—Será algun poeta.—No tiene traza de tal; con todo, yo apostaria á que si lo es, ademas de ser clásico, su género favorito es la *bucólica*; yo al menos no concibo como pueda ser romántico un poeta barrigudo y que por lo visto tiene la prosodia y el oído en las *uñas*; mas ¿que veo! es Don Toribio Panasecas, á quien conozco hace años; ya caigo... apuesto á que no echan silabas las que contaba, sino que venia haciendo corte de caja y distribucion de sus cigarros, que por mas señas son republicanos. No observa vd. que ha sacado la cajilla que los contenia y que los va repartiendo á razon de uno en cada faltriquera? Es para verse en la precision de dar á nadie, alejando que el que saca es el último.—Semejante miseria no cabe en el ánimo de un poeta, dijo, y muy bien, mi conocido, apuesto á que ese hombre es rico—Así es la verdad, contesté; está hidrópico de pesetas y de fleas, por eso tiene semejante esófago.

¡Válame Dios! que por aquella bocacalle descubrió á un verdadero original, Don Tárro Mudarra, sugeto de pocas palabras y algunos pensamientos, que con solo no hablar, ha conseguido aparecer como sugeto de

gran penetracion y fundamento á los ojos del vulgo. Este, como vd. sabe, cree igualmente sabio al que nada habla y al que charla sin cesar, no considerando que [principalmente en política, eso sí] en el justo medio estriba la discrecion y el *savoir-faire*. Verdad es que si Don Tácito no habla sabe hacer gestos muy significativos. Dícele alguien, por ejemplo: ¿Es cierto señor mio, que tenemos una escuadra enemiga en Veracruz, y que las Californias están ya, como quien dice, agusanadas de tejanos? pues él en vez de responder sí ó nó, hace un visaje misterioso, mira en su derredor, y despues de cerciorarse de que nadie le observa, dice al oído del que le hizo la pregunta: „Pronto sabrá vd. todo lo que hay en el asunto, y acuérdesse vd. de lo que yo le digo; y aunque uno le haga ver que nada ha dicho, él se despide en el acto. Con estas jesuíticas respuestas y sus gesticulaciones estudiadas, ha hecho creer á los necios, que es un pozo de ciencia y que está empapado en los secretos diplomáticos. ¿Vamos apostando á que ahora se dirige hácia el palacio?—Atienda vd. que allí vienen dos jóvenes vestidos de oficiales; apuesto á que ni uno ni otro tienen oficio ni beneficio.—A ambos conozco, dijo mi compañero de balcón, y ha de saber vd. que si no tienen oficio ó no le egercen teniéndole, si gozan de beneficio; que están hoy muy de moda las canongias militares, y son tanto mas envidiables cuanto que la única obligacion que imponen es la de concurrir en las procesiones solemnes. El mas bajo de cuerpo [y aun de alma] de los dos prebendados marciales que se acercan, es un marino á secas ó mas bien *en seco*, porque jamas ha estado en puerto alguno, ni visto los *lomos hirvientes del gigante azul*, como á Zorrilla plugo llamar al Océano, ni aun el tibio espinaso del enano verde, como yo llamaría al lago de Texcoco.—Perdone vd. díje á mi amigo; está vd. muy equivocado, porque ese señor marino, ha visto y muy detenidamente el mar y puerto de Veracruz... en el cosmorama del portal de Mercaderes.

Ahora recuerdo que le encontré allí noches pasadas.

El otro militar, prosiguió mi conocido con un tono de moderacion encantadora, fué agraciado con el despacho de capitán de caballería, porque sabe *colear* divinamente, mucho mejor que leer; y si es cierto que las tiendas civiles no son entre becerros, búfalos, ni otros animales rabilargos, tambien lo es que en la guerra estrangera puede lucir su

habilidad; yo al menos he oido decir á algunas viejas que los *gringos* tienen cola, como hijos que son de Satanás.

—Por la acera opuesta va pasando un señorazo seguido de tres podencos; á cual mas bien comido de los cuatro, mire vd.—En efecto es un solteron que gasta sus crecidas rentas en comer bien y engordar á sus muchos perros, que no son solamente los que ahora le siguen pues los saca á paseo por turno riguroso. Si vd. supiera que hombre tan sensible es! á la menor quejumbre de uno de sus hijos adoptivos que oye por la noche, se levanta, hace levantar á todos los criados, y con una eficacia verdaderamente paternal, hace que arropen y medicinen al paciente y aun le vela hasta que está fuera de peligro. La virtud que mas estima en sus protegidos, es la que llaman lealtad. Para ponderarla, decia el otro día á uno con quien iba: „la lealtad de Almanzor me encanta, compadre, es tan noble ese bruto, que arrancó el otro día las narices á uno de esos villanos, y me las trajo enteritas. Es mucho animal.»

—Holal quien será aquel grande hombre de grave continente que en este momento pasa debajo del balcon?—Ay, amigo, es uno que eclipsa á cuantos le rodean, por sus estupendas dimensiones, no por su gran capacidad, como él ha llegado á creer, viendo que cuantos le hablan ó pasan junto á él levantan la cara para verle. De aquí nace, que él mire á los demas con el mismo desprecio, que un perro de azotea mira á un triste falderillo. El orgullo es un anteojo de larga vista colocado al revés.

—Cuidado, que allí vienen riñendo acaloradamente dos que parecen artesanos; ¡que pa-

labrotas se dicen, como se amenazan, Santo Dios!.... uno de ellos ha metido mano á la bolsa, apuesto á que saca alguna arma.... mas que veo, si ha sacado un par de cigarillos y ofrece uno al mismo con quien va al parecer tan enojado.—¡Que sangre fria tienen mis paisanos! ¡valen un potosi para generales, por eso abundan.... ¡Cuan cierto es que ni el pesar, ni el hambre, ni la sed, ni la misma ira quitan al mexicano la gana de fumar! De mas de cuatro sé yo, cuyos últimos momentos se pudieran describir así: „encomendó su alma á Dios, fumó un cigarro y con la última bocanada de humo, exhaló el espíritu.”...

En mi concepto, se podia sacar algun partido de esta propension nacional al *humo*, ya de cigarros, ya de cohetes, y establecer en la ley de elecciones, por ejemplo, que el ciudadano que no concurra á dar su voto, quedará privado de sus derechos á fumar y quemar cohetes por un espacio de tiempo, que la sabiduria del legislador determinaría.

En esto comenzó el sol á dejarse sentir mas de lo regular, con que nos vimos forzados á meternos. Léjos de haberse curado hasta entonces mi conocido de la manía de apostar, parecia mas dispuesto que nunca á ceder á ella. No perdí sin embargo la esperanza de hacer que le diese en cara, algo mas tarde, perseverando en apostarle sobre cuanto viésemos en el paseo y el teatro; mas lo que en ambos sitios vimos y hablamos, no es racional desembucharlo de un golpe por no perder la apuesta que al principio hice al lector; pero si le diré con cierto original: „Quedamos pendientes.»

Agosto 18.—MALAESPINA.

MIS ENSUEÑOS.



LORANDO caminaba por el mundo;
Sin un amigo en triste soledad;
Y mi gemido lúgubre, profundo,
Te despertó fantástica beldad.
Compadecida de mi mal pusiste
Los ojos melancólicos en mi.
Ay huérfana infeliz! porqué me viste?
¿Porqué tambien para mi mal te vi?
Al mirarte tan cándida, tan pura,
Volvió á sonar alegre mi laud,

Y celebré tu célica hermosura,
Y canté tu lozana juventud.
Pudiste creer el temeroso acento,
Que entre mis labios cárdenos sonó?
¿Porqué al suspiro que llevaba el viento,
Otro suspiro tuyo respondió?
¿Porqué secaste con tu mano el lloro
Que yo solo debía derramar.
Y en medio del delirio, *yo te adoro*
Dejaste de tus labios escapar?....

Lices Mexicanos.



D FRANCISCO FERNANDEZ DE LA CUEVA.

22 Virey de la N. E.

Hora te ofresco para ser testigo,
Del que padeces congojoso afan,
En la miseria dividir con tigo,
Bañado con mis lágrimas el pan.

Y por camino lóbrego y desierto
Te arrastro de tu plácido vergel
Al abismo fatal . . . miralo abierto,
¿Tendrás valor para seguirme á él?

No, no te arrojes á mis brazos ciega,
Vuelve á dormir tu sueño virginal,
Mientras la brisa, que en las flores juega
Acaricia tu púdico cendal.

Un pensamiento entonces halagüeño
Desplegará tus labios de carmin;
Duerme mi bien que á conservar tu sueño
Vendrá de la inocencia el serafin.

Mientras yo solitario mi camino
Entre penas y llanto seguiré;
¡Ah! . . . contra los rigores del destino,
Tan solo tu recuerdo llevaré.

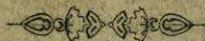
No escucharás mi lánguida plegaria
Ni mi laud te cantará mi afan,
Ni siquiera mi tumba solitaria,
Tus lágrimas hermosas regarán.

¡Lejos de tí morir! . . . y será cierto?
No, yo no puedo, pura virgen ven,
Las penas, el abismo y el desierto,
Serán contigo delicioso Eden.

MANUEL M. DE ZAMACOMA.

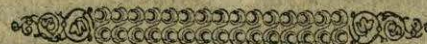
Puebla, Enero 14 de 1843.

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXCO.

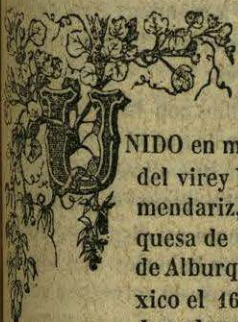


DON FRANCISCO FERNANDEZ DE LA CUEVA,

Duque de Alburquerque. Vigésimo-segundo virey de la Nueva-España. Desde 1654 hasta 1660.



1654.



NIDO en matrimonio con la hija
del virey D. Lope Diaz de Ar-
mendariz, Doña Juana, mar-
quesa de Cadereita, el duque
de Alburquerque entró en Mé-
xico el 16 de agosto á suce-
der al conde de Alvaldeliste.

Las primeras atenciones se dirigieron á ejercer
actos de piedad; hizo al efecto ocho dias con-
secutivos de fiestas solemnes en la iglesia de S.
Francisco á la Pureza de María, y que los tri-
bunales la jurasen por su especial patrona. En
seguida se dedicó á la proteccion de las cien-
cias y de las artes, y singularmente de las pri-
meras á las cuales tenia un afecto decidido. Pa-
ra violentar la conclusion de la Catedral pro-
metia grandes premios que daba á los que con-
struian con ligereza una bóveda, con lo que es-
timulaba á todos los sobrestantes que se afana-
ban á competencia por poner fin á sus respec-

tivas obras. Trajéronse por órden suya muy
buenas campanas que se colocaron en la torre
y logró dedicar la Iglesia celebrando á un pro-
pio tiempo, segun Vetancourt, cuatro misas
cantadas y con gran solemnidad en los cuatro
altares del mayor.

1655.—El piadoso y benigno duque, el pro-
tector de las letras y de las artes, estaba al pa-
recer destinado para no gobernar un solo año
sin fatalidad y para presenciar las mas atro-
ces ejecuciones de justicia. Habíanse infesta-
do en el año que corre los caminos de ladrones,
de suerte que nadie andaba por ellos seguro,
ya no solo en su hacienda, pero ni aun en su
vida, y la inseguridad habia llegado en poco
tiempo á tal extremo que nadie se atrevia á po-
ner un pie fuera de las poblaciones. Dictó el
duque para la aprehension de los salteadores
las órdenes mas estrechas, y consiguió así vol-
ver la antigua seguridad. Dicese que en po-